

sas manifestaciones; dar idea de las emociones que agitaban a la diversificada muchedumbre de hombres, mujeres, ancianos i niños, que con sus banderos victoriosos apagaban las detonaciones de la artillería i de los cohetes; trasladar al papel las sensaciones que experimentábamos al oír ese estruendo bélico, juntos con los sonos marciales de las cornetas i de las cajas de guerra, al mismo tiempo que la vista no alcanzaba a distinguir la lluvia de coronas i de flores que poblaban los aires; cumplir, para decirlo todo de una vez, en esta parte de nuestra descripción, con nuestra tarea de narradores, es obra a que renunciamos sin avergonzarnos de nuestra flaqueza, pues ante tan ardua labor se arrebatarían las plumas más hábiles i experimentadas.

El acompañamiento, que en este punto se componía de más de mil ciudadanos a caballo, fuera de los 400 húsares que formaban la guardia de honor, entró a la ciudad a paso corto i guardando en la marcha toda la regularidad que las circunstancias permitían. Durante el tránsito por la carrera del Norte hasta la plazuela de San Francisco, se empezaban a oír los repiques de campanas, los cohetes i las aclamaciones con que por todas partes celebraban los habitantes de Bogotá el fausto suceso que hacía palpar todos los corazones patriotas. Los balcones i ventanas estaban adornados, i de muchos de ellos se arrojaban guirnaldas i flores. Desde mucho más allá de San Diego hasta el palacio de Gobierno se hallaba alineada la población entera de la capital en dos inmensas i espesas filas, contribuyendo con su presencia i sus aclamaciones a solemnizar el triunfo.

En medio de tantos aplausos i de tan magníficas muestras del aprecio público, si algun individuo que no hubiese conocido de antemano al Presidente i a su digno compañero el Sr. Secretario de Gobierno i Guerra, hubiera querido conocerlos, no habría podido distinguirlos entre la multitud de ciudadanos que los rodeaban, por ser su porte el más modesto i su traje el más sencillo.

Muy de notarse ha sido i muy digno de todo elogio el orden que ha reinado durante la marcha de la comitiva por las calles de Bogotá, i la circunspección con que se han conducido en tanto la formaban, no obstante las provocaciones que de antemano habían lanzado por la prensa, los que simpatizan con los rebeldes de Santander. Los ciudadanos que tomaron parte en la gran solemnidad han dado una prueba de la compasión que les inspiran los extravíos de algunos de sus compatriotas i las desgracias que se han querido atraer los que han contribuido a la subversión del orden. ¡Ojalá que estos hagan el aprecio debido de la moderación con que los ciudadanos i los magistrados fieles a las leyes los tratan después de vencidos! ¡Ojalá reconozcan que su infortunio se ha respetado tanto cuanto lo exigen las leyes de la humanidad i de la buena crianza, i no sigan atribuyendo la indulgencia con que hasta ahora se les ha mirado a debilidad de sus adversarios i a falta de opinión! ¡Ojalá en fin, no pongan con sus invectivas i sus fanfarronadas nuevos obstáculos a la pacificación completa del país!

••• Ahora bien, agregamos nosotros a vista de lo acaecido i narrado con tanta sencillez como veracidad que le quedará al Redactor del *Tiempo* desvergüenza bastante para asegurar que este noble pueblo de Bogotá, a quien poco ántes calificara con los improperios de *fanático, estúpido, &c.*, hubo de recibir al digno Presidente de la Confederación con *multidiciones*, reservando sus guirnaldas i sus laureles para las nobles frentes de los vencidos?

Oh! si el Redactor del *Tiempo* fuese capaz de remordimiento i de rubor, lloraría como la más punible de sus faltas la procaacidad con que últimamente ha aconsejado a los aturdidos que tienen todavía la necesidad de creerlo i escucharlo, que vayan a provocar la indignación pública con el pretendido coronamiento de los descariados granadinos, que a su crimen de traición i rebelión contra la República, agregan, para mengua del honor nacional, los de las mutilaciones i asesinatos que es fama han cometido en las últimas convulsiones de su agonía.

Pero, lo decimos con la frente levantada por los santos impulsos del patriotismo, si tanta cobardía i ferocidad emegrecen así la historia nacional, el mundo civilizado sabrá apreciar las virtudes de la gran mayoría de los granadinos, al contemplar la moderación i jenerosidad con que se han conducido los vencedores, desde los altos Comisarios de la Confederación hasta los últimos de nuestros soldados.

Allá en el Oratorio se entregaron casi en su totalidad después de haber despedazado a su sabor i con muy poco riesgo a nuestros heroicos soldados; así estaban de bien resguardados por sus trincheras i sus fosos! I, sin embargo, después que nuestros valientes los desalojaron de sus casi inespugnables posiciones; después que el arrojado de nuestros combatientes los puso en el caso de esponer el pecho a las balas peleando como buenos, entónces sus temblorosas manos arrojaron las armas que malamente habían empuñado i, asumiendo la actitud del desaliento i de la congoja, demandaron perdón i misericordia; i los que con tanto denuedo les hicieron morder el polvo de la derrota convirtieron instantáneamente su coraje i ardimiento en elemencia i benignidad: todos los cabeceñas de los vencidos están sanos i salvos. Bendito sea el Dios de bondad que así se vale de la cobardía de los unos i de la magnanimidad de los otros para ahorrarle sangre i huto a nuestra Patria!

Aquí en Bogotá, el azuzador de tanta matanza i su raquílica cola de bullangueros i combatientes *à la distance* insultan continuamente a las autoridades públicas i a todos los ciudadanos que rodean al Gobierno con sus simpatías i sus servicios; i, sin embargo, esas mismas autoridades i esos mismos ciudadanos emplean más fatigas i esfuerzos para contener la comprimida indignación de las masas populares contra semejantes provocadores, que los que consagran a la defensa i conservación de la seguridad pública. No tema, pues, esa jentuailla recibir el debido escarnio; bien pueden continuar sus improperios i sus sarcasmos, que ellos tienen la misma salvaguardia de ciertas mjercillas que pululan en nuestros mercados, profiriendo contra todo el mundo toda clase de groserías, contando con la vergonzosa garantía que de suyo les da el desprecio con que son miradas.

56

¿CUAL ES LA VERDADERA CAUSA DE NUESTROS MALES I

Esta pregunta sirve de título al valiente artículo con que nuestro amigo el señor Madiedo ha embellecido las columnas del número último de nuestro periódico; i ciertamente que la claridad i solidez de juicio, la viveza i penetración de inteligencia que tanto caracterizan los escritos de dicho señor, no se han desmentido en este que ahora mencionamos.

Pero, si hemos de hablar con toda la sinceridad de nuestras convicciones, hemos hallado en el escrito del señor Madiedo al profundo pensador, al

2088

político
peras
do a un
la causa
cubiert
En el
señor M
de po
cristian
los esta
tros día
jiou; Q
tado pi
ras, pri
escuel
Al E
toles d
como
una in
mo un
real; i
pertor
sos es
patrio
La
liz, si
nes la
vez y
tiemp
una r
rio s
popu
en d
En
triba
duda
que y
pue
la m
sorte
hor
si se
pica
nos
nes i
ria e
not
per
la n
ego
son
da
si á
nos
des
I
gar
pla
la
ena
bu
en
pos
sin
me
ma
fr
A
cia
en
ce
se

político imparcial i recto que descubre i señala a penas en su superficie la llaga que está despedazando a nuestra naciente sociedad, sin que la raíz, ó la causa primaria de nuestros males haya sido descubierta i manifestada.

En efecto, para nosotros lo mismo que para el señor Madiedo i para todos los que tienen la dicha de poseer un corazón educado sólidamente en el cristianismo, la verdadera causa de nuestros males está en el desprecio o indiferencia que en nuestros días se profesa a todo lo que concierne a la religión; desprecio e indiferencia que forman el resultado práctico de las doctrinas impías i corruptoras, predicadas i sostenidas incesantemente por la escuela radical.

Al favor de la destemplada vocería de los apóstoles de esa secta, la religión es mirada por unos como objeto de irrisión i de odio, por otros como una institución gastada, caída en desuetud, o como una cosa sin fuerza, sin valor, sin importancia real; siendo esta la causa de que la sociedad se perturbe i se desconcierte, no obstante los fatigosos esfuerzos que quieren hacer todos los buenos patriotas para salvarla i conservarla.

La sociedad no puede mantenerse tranquila i feliz, sino en tanto que pueda poner freno a las pasiones i a los vicios que pugnan por despedazarla: i una vez roto el lazo que liga a la tierra con el cielo, al tiempo con la eternidad, al hombre con su Autor; una vez que la impiedad estienda su salvaje imperio sobre todas las clases sociales, desde nuestra populosa capital hasta la mas insignificante aldea, en dónde encontrar este freno?

En leyes fuertes i represivas, en el poder de los tribunales, en castigos i suplicios ejemplares? Sin duda que el temor de la lei i de la fuerza pública que vela por su ejecución, evita muchos crímenes; pues por mas que digan los optimistas de la escuela radical, el temor del dolor i de la infamia es resorte de mucha pujanza para poner dique a los desbordos del vicio; pero sería esto suficiente de por sí solo? Queremos suponer que a fuerza de multiplicar las prisiones i los cadalsos, lograríamos librarnos de todos los conspiradores, de todos los ladrones i de todos los asesinos; pero ¿qué se adelantaría con ello, si los saludables terrores de la religión no nos librasen de vicios ménos horribles, es cierto, pero no ménos funestos, tales como la ambición i la mala fé, la calumnia, la mentira de mos, el frío egoísmo de otros, i sobre todo esa vergonzosa sensualidad que embrutece los pueblos i labra su desdicha i degradación? Tanto valdría esto como si despues de habernos librado de tigres i de leones, quedásemos espuestos a las mortíferas mordeduras de reptiles impuros i venenosos.

I luego, entre los crímenes que las leyes castigan, ¿no existen muchos que se sustraen de su vigilancia i se escapan de su acción? ¿Cuántos culpables hai cuyos atentados son ignorados, o que aun cuando sean conocidos, encuentran habilidad para burlarse de la autoridad i de la lei? ¿Es raro ver entre nosotros a los mas crueles enenigos del reposo público, no solo impunes i envalentonados, sino tambien rodeados de consideraciones i de homenajes? Preciso es, pues, convenir que para mantener el orden en la sociedad, se requiere un freno mas fuerte que el de los códigos criminales. ¿I si la religión es vista con menosprecio o indiferencia, en dónde estará este freno?

Está en la conciencia del hombre, gritan los escritores radicales: basta el remordimiento para contener dentro de los límites del deber a los que se ven tentados a traspasarlo. Oh! sin duda que

no hai nada que tema mas el hombre que versé forzado a avergonzarse a sus propios ojos; sin duda que la perspectiva de la propia degradación debe ser un espectáculo aterrador, insoportable; sin duda que los remordimientos que siguen de cerca a las acciones i a los crímenes vergonzosos, detiene a la orilla del abismo una multitud de almas prontas ya a caer.

Pero si queremos conservar a este principio su poderosa energía, guardémoslo de separarlo de la religión, pues si la religión no es nada, si el hombre no estiende sus miradas mas allá del sepulcro, ¿qué fuerza han de tener para un malvado endurecido los remordimientos con que se le amenaza? La conciencia no es un testigo terrible, sino en tanto que nos muestra en la otra vida al Legislador supremo enjugando las lágrimas del justo i entregando para siempre el réprobo a los tormentos i al oprobio; así es como, sostenida por la majestuosa idea de un Dios que castiga i recompensa, se convierte la conciencia en formidable barrera contra los desbordos de las pasiones. Sin esto sus gritos serian mentiras, sus reproches preocupaciones, sus amenazas vanos terrores.

¿Qué queda, pues, a estos nuevos apóstoles del mundo, a estos pretendidos reformadores de la sociedad que quieren asegurar el orden i la felicidad pública, despues de haber secado sus fuentes i derribado sus mas sólidos cimientos con el descredito i la destrucción de la religión de nuestros padres? ¿qué les queda, preguntamos a los partidarios de ese infernal sistema, para dar al orden social una base sólida, un fundamento indestructible? Nos queda, dicen, el simple deseo de la virtud que, por sí sola i con sus preciosos atractivos, ejerce sobre los hombres una viva i profunda impresion; ¿para qué ir a buscar en vuestra religión misteriosa, incomprendible, fastidiosa, un tesoro que cada cual puede obtener por sus propias fuerzas?

Bello lenguaje que por desgracia está destituido del único i apetecible mérito, el de la verdad. Concebimos que la virtud sea un bien real, preferible a todo lo que seduce i halaga a la humana fragilidad, cuando el hombre mira esta tierra como un lugar de destierro, mas allá del cual, Dios que fué testigo de sus combates, le dará una corona digna de su magnificencia. Pero si quitamos al alma esta consoladora perspectiva, si la forzamos a buscar dentro de sí misma la recompensa de sus trabajos i sacrificios, concebimos entónces que, como el último romano que suenmbia en las llanuras de Filipos, esclame al fin de su carrera: *¡infeliz virtud! me has engañado! ahora veo que eres una vana quimera i que he sido un insensato en no posponerte a la injusticia i a los vicios que producen solaz i contento!* Porque estas murmuraciones contra la virtud, impías para un corazón verdaderamente religioso, no lo son tales para quien no espera en Dios, para quien no cree en la vida futura: en su boca son quejas mui racionales i mui fundadas las blasfemias e imprecaciones de Bruto.

I no se nos dé en rostro con el desinterés, la buena fé, la inflexible probidad, los sentimientos de delicadeza i de honor que existen en algunos hombres, para quienes la religión es apénas un nombre vano; porque si estos hombres conservan una especie de honradez natural, lo deben a la Providencia Divina que no les permite entregarse a todos los excesos que se derivan de sus máximas detestables. ¿Qué sería de este mundo si todos los que han arrojado la fé de su corazón fuesen tan perversos como su doctrina? Aquel de los filósofos modernos que mas se ha burlado de nuestra

religion, persuadido de que el mas terrible de los males es el que puede causar a un pueblo una filosofía irreligiosa, el célebre Voltaire decia: "si el mundo fuese gobernado por espíritos, valdria mas estar bajo el imperio de los seres infernales que se nos pintan incesantemente encarnizados sobre su presa." I para no ir a buscar autoridades contrarias, a otras edades i naciones, citaremos lo que recientemente acaba de decirnos el Redactor del *Tiempo*, en su número de la última semana. "En otros países, en Turquía, en Marruecos i en algunos otros que se nos pintan como los mas faltos de esas nociones del derecho, que son el rasgo característico de los hombres civilizados, existen *siquiera costumbres o ideas religiosas que sirven de freno a la arbitrariedad*, por mas que esta sea el canon primordial del Gobierno."

Tenemos, pues, sobrado derecho para concluir de todo esto, que la religion debe ser mirada por nuestros políticos como el mas firme guardian de las buenas costumbres i de las leyes, de la seguridad de las personas i de la conservacion de sus bienes; que la religion es el dique mas fuerte para proteger a los pueblos contra los abusos de la autoridad i a la autoridad contra las tentativas de los pueblos; que la religion es la mas sólida garantía de la tranquilidad pública, la única capaz de sofocar las disensiones civiles i esa multitud de males enjendrados por las mezquinas pasiones de bandería, que cubren nuestro suelo de luto i de lágrimas; que la religion es el medio mas fuerte, mas eficaz, i por qué no decirlo? el único infalible para hacer reinar el orden en la sociedad.

No es nada extraño por consiguiente que, a proporción que se va debilitando en los pueblos el sentimiento de sus deberes como cristianos, encuentren séquito i cooperacion gobernantes refractarios que proclaman contra la sociedad revoluciones tan audaces como desastrosas; no es nada extraño que no sean aplastados por la maldición i el desprecio público escritores corrompidos i cobardes, que empujan los pueblos al esterminio, sin que siquiera tengan el triste mérito de participar de los peligros i calamidades en que sepultan a sus víctimas; no es nada extraño que aparezcan guerreros encanecidos en hileras gloriosas, i que ahora corren a los campos de batalla, estimulados no por el honor sino por las infames esperanzas de la ambición; no es nada extraño que se vean bandidos de toda estirpe, como otras tantas bestias feroces que han despedazado sus cadenas, multiplicando por donde quiera sus estragos i sus presas; nada extraño sería por último, que en estos desastres espantosos, viéramos a nuestra pobre sociedad a punto de perecer víctima de sus bárbaros estravíos, sin que el extranjero ilustrado haya tenido tiempo de conocer ni nuestro nombre ni nuestra historia, sin que siquiera hayamos dejado grabada sobre alguna piedra una sola palabra que recuerde nuestra vida política.

Hagamos, pues, si queremos ver la patria tranquila i feliz, guerra implacable a esos hombres insensatos que sin pudor alguno manifiestan el horrible deseo de ver estinguida entre nosotros la religion de nuestros padres; a esos escritores desalmados que no incensan a otros dioses que la mentira i la calumnia; a esos practicantes de inhumanidad que pagan por adormecer a los pueblos en la corrupción de todos los vicios; a esos perturbadores extravagantes que no tienen fuerza sino para derribar, ni talento sino para destruir, i que son tanto mas criminales i detestables, cuanto mas claro ven que la ruina de la religion, que incesante-

mente atacan, ha de traer consigo la del reposo i bienestar de la nacion.

TORPEZAS DE TORPEZA.

El Redactor de *El Tiempo* comete cada dia torpeza tras de torpeza. Si esto no fuera cierto, no lo afirmariamos.

Cualquiera se convencerá de la verdad de esta, al parecer, aventurada proposicion. Para demostrarla sacaremos nuestros raciocinios del número de *El Tiempo* últimamente publicado que es el 296.

Ese número ha salido con todas sus columnas enlutadas, lo que aparte de ser de mal gusto tipográfico, pues en Europa i en los Estados Unidos pasaria tal cosa por una *charralla*, tiene una deplorable i gran significacion en contra del partido gólgota. Cuando muere una persona, se avisa al público su fallecimiento con renglones enlutados; luego el Redactor de *El Tiempo*, mandando echar de luto su periódico, ha participado a la Nacion el fallecimiento de su partido. Cuando se eclipsó el grande astro que alumbraba el continente americano, la *Gaceta de Colombia* apareció toda ella enlutada, i decia: "Simon Bolívar ha muerto;" cuando fué vilmente asesinado por un gólgota el ilustre Gobernador de Cundinamarca, aparecieron tambien enlutadas las columnas del *Eco de Boyacá*, i en ellas se leia: "José María Melo Blanco ha muerto;" i hoy, cuando han sido vencidos i aprisionados los rebeldes del Socorro, i aparecen enlutadas todas las columnas de *El Tiempo*, cualquier hombre de buen sentido tiene que leer en ellas: "El partido gólgota ha muerto."

I no contento el Redactor con ese luto tan significativo, dice francamente "ha muerto;" i compara a su partido con Sócrates tomando la cieuta que le propina Auito; i blasfemando, como lo tiene de uso i costumbre, compara tambien la muerte de ese inmoral, anárquico i rebelde partido gólgota con la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Es decir que el órgano de la oposicion confiesa de llano en plano lo que le convenia negar.

En las poblaciones en donde circulen los enlutados números de *El Tiempo*, los que fueren partidarios del gólgotismo no podrán ménos de desalentarse, pues fácilmente discurrirán así: mui muerto debe de estar nuestro partido, cuando el señor Murillo lo da por difunto; bien muerto debe de estar nuestro partido, cuando hoy salen enlutadas las columnas del periódico que en febrero i marzo conchitaba a la guerra, a la resistencia, a la rebelion contra un gobierno débil i raquítico; que en junio i julio predicaba la paz; i ahora, a fines de agosto, entona el *requiescat* a los rebeldes del Socorro!!

Si esta no es una torpeza, dígalo el mas encaprichado; i lo es i tan grande que daríamos cualquier cosa porque no solo el número 296 fuera el enlutado, sino porque salieran algunos mas con ese luto que vale un reino, es decir, ostentando esa torpeza tan oportuna para los sostenedores del Gobierno jeneral, i tan fatal para los vencidos i desconcertados radicales. Veamos otra torpeza.

Aquello de "arrojar coronas, por encima de las bayonetas, a los vencidos" en los campos del Socorro, ha provocado la indignacion de muchos; tanto la de los que lo han traicionado como un consejo, para que se ejecute así *materialmente*, el día que entró a Bogotá los prisioneros de Gaitán, de Javoncillo i del Oratorio; como la de los que lo han entendido en su sentido figurado. Para los primeros semejante consejo es una torpeza; para los segundos un insulto descarado, atrevido, infame.